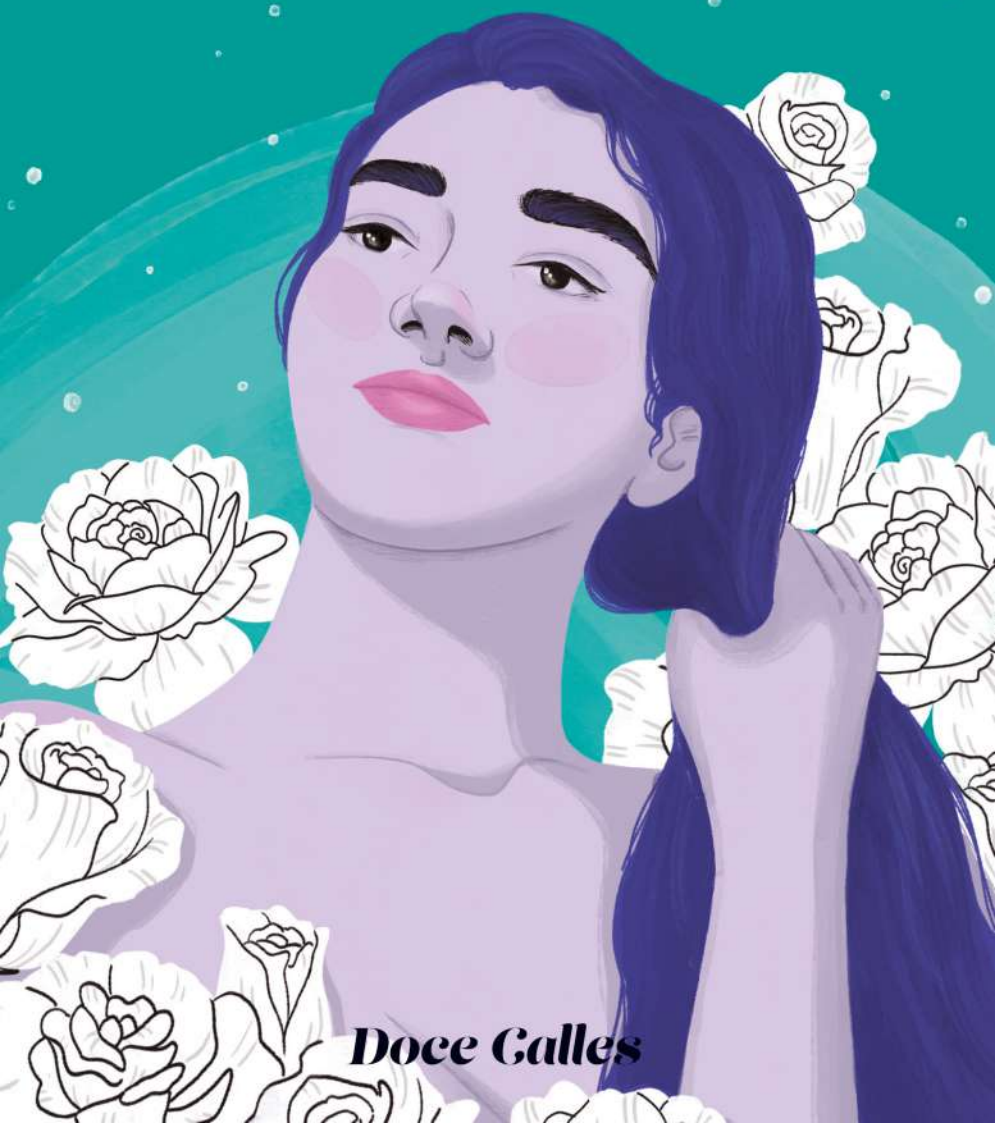


Nuria Albaladejo Serón

*No te dejaría  
in hoy*



**Doce Galles**

*Nuria Albaladejo Serón*

NO TE DEJARÍA IR  
HOY

EDICIONES DOCE CALLES

1ª Edición: junio 2021

Diseño de portada: Doce Calles

Ilustración de portada y contraportada:

Michelle Dersdepanian

© de los textos: Nuria Albaladejo Serón

© de la presente edición:

Ediciones Doce Calles S.L.

Apdo. 270 Aranjuez. 28300

(Madrid)

Tel.: (+34) 91 892 22 34

docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-359-3

Depósito legal: M-20615-2021

Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos. Dirijase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

*A mis padres, Antonio y Amparo, por soplar fuerte hasta poner el  
viento a mi favor.*

*A mi hermano Eduardo, por creer incondicionalmente en mí.*

*A mi cuñada Uta, por su predisposición a entenderme.*

*A mi sobrino Luis, por ser la ilusión de nuestras vidas.*

*A mi pareja Alejandro, por hacer de mis sueños también los suyos.*

*A ti, Miranda, por empezar siendo él y terminar siendo tu misma.*

## PRIMER DÍA DE VACACIONES

Medio dormida se sentó en la cama y se frotó los ojos. Se despertó progresivamente, mientras se acostumbraba a la claridad de la mañana. El chirrido de la puerta no faltó en aquel amanecer de su primer día de vacaciones. Paloma Sazón, revoloteando por la cama, desperezándose sin prisa, disfrutando de la sensación provocada por estirar sus articulaciones después de una noche durmiendo plácidamente, abrió sus grandes ojos marrones y acarició con la yema de los dedos el cabello, que disperso por la almohada, pedía a gritos ser libre un ratito más. En su rostro se dibujó una sonrisa cuando por la ventana se coló el inconfundible silbido de Florentino Rodríguez, amo de llaves del Palacio Real de Aranjuez. Era verano, no tenía que ir a la escuela y Feliciano Sazón, su madre, no tendría que preocuparse, mas que por el buen mantenimiento y servicio de la residencia real. Eso pensaba ella, Paloma, eso pensaban todos cuando comenzó aquel verano de 1956.

Las doncellas, los sirvientes y Florentino, andaban de un lado para otro preocupados para que todo saliera

perfecto aquel día. Esa misma tarde llegarían unos amigos del generalísimo Francisco Franco, para disfrutar de un mes de vacaciones en la residencia real de verano.

Paloma, hija de Feliciano Sazón, costurera de la familia real durante años, era la única adolescente que allí vivía. Jamás le importó demasiado, estaba bastante entretenida con su colección de libros y con la obsesión perturbadora de ganar a Floren al ajedrez, como para preocuparse por la soledad infundada de una sociedad, que, según ella, estaba repleta de prejuicios. La niña, como muchos la llamaban, sentía devoción por su madre, que todo se lo había dado. Quien le demostró con humildad, que a través del trabajo y del amor se llega a la autoafirmación de quiénes somos en realidad y ese debía ser su principal objetivo en la vida: ser ella misma. Paloma nunca presumía del privilegio de poder vivir al lado de la residencia real, el sueño de ser princesa se lo habían arrebatado los muchos libros que yacían en su cuarto. Ni por ganar a Floren al ajedrez cambiaría su cama de noventa junto a la su madre, ni su modesta habitación en las dependencias del servicio junto al palacio, ni muchísimo menos cambiaría las vistas al gran castillo, como ella lo llamaba, que desde su ventana la impulsaban a soñar que podría volar alto, tan alto como ella quisiera.

Aquel día, 21 de junio de 1956, la tranquilidad habitual estaba a punto de saltar por los aires. La tensión y la preocupación de cualquiera que estuviera involucrado en el recibimiento de los nuevos huéspedes era palpable en el ambiente. Las voces a gritos de unos a otros reflejaban la implicación por dar la talla ante el acontecimiento más importante, probablemente, de todo el verano. El presen-

timiento de que se acabarían las conversaciones bajo las estrellas con Floren, turbaba a aquella adolescente que aborrecía la idea de que alguien fuera a veranear allí.

Sin haber puesto un pie todavía en el suelo ya escuchaba a su madre como la llamaba a gritos para que bajara a desayunar. En su voz se distinguía el presagio de lo que se avecinaba y el tono que acompañó al ritmo acelerado de sus palabras, advirtió a Paloma de que tendría que tener paciencia. Dio un salto de la cama, se puso su vestido camisero blanco, se enfundó en sus esparteñas color canela y fue dando brincos hasta la cocina. Sin haber llegado, ya sabía que había tortitas esperándola. Estaba convencida de que su madre jamás se olvidaría de la tradición en vacaciones.

Mientras la adolescente disfrutaba del delicioso desayuno que su madre le había preparado con amor, no paraban de pasar sirvientes y doncellas con plumeros, vajillas, mantelería, ropas de cama limpias y demás detalles para conseguir el resultado que durante semanas habían estado preparando. El estrés se respiraba en cualquier lugar de palacio y aunque Feliciano nunca había querido que su hija estuviera involucrada en las tareas del servicio, y ella lo sabía, también sabía que aquel día cuatro manos harían más que dos, así que decidió ir a ayudar a Floren que estaba arreglando un pequeño tornillo de la puerta principal.

—¡Buenísimos días Floren! —dijo Paloma entusiasmada mientras se acercaba a darle un abrazo.

—Hola cielo, ojalá sean tan buenos como tu predices —contestó moviendo las manos para acoger ese abrazo que se veía venir a lo lejos.

—Relajaos, si lo tenéis todo bajo control, ¡saldrá todo perfecto! —aseguró Paloma con una musicalidad en la voz que sonó tranquilizadora— ¿Tú los conoces? —Preguntó interesada.

—Te voy a contar una cosa —dijo Floren sorprendido ante la pregunta, dejando salir todo el aire que tenía guardado en sus pulmones—: debes tener claro que ellos no vienen a veranear con nosotros. Debemos mantener siempre nuestro sitio en la recámara —prosiguió mirándola fijamente a la vez que cerraba la puerta ya arreglada—. No te relaciones mucho con ellos, solo lo estrictamente necesario, ¿de acuerdo? —continuó en un intento de disimular una preocupación que Paloma percibió a duras penas, mientras la persuasión entre sus palabras no dejaba lugar a dudas.

—No tienes de qué preocuparte, no necesito prestar atención a unos refinados invitados para hacer de mi vida algo más interesante —le contestó Paloma con rin-tintín—. Ya lo es Floren, ¡es verano! —le gritó mientras se alejaba corriendo, alzando los brazos imitando el vuelo de un pájaro recién puesto en libertad.

Perdida en sus pensamientos, con las palabras de Floren en bucle repitiéndose una y otra vez en su cabeza, Paloma iba camino del río con un libro bajo el brazo. «¿Por qué tanta preocupación?» —Se preguntaba mirando cómo sus pies se alternaban al andar.

De lo que estaba segura es que quedaba muy poco para el temido momento en el que, según ella, su verano que acababa de empezar, ya tenía fecha de caducidad.

La gravilla producía una musicalidad en sus pisadas que la abstraía del calor que, sobre su cabeza, se daba paso a



medida que avanzaba la jornada. Parecía que los pajarillos se habían puesto de acuerdo para hacer aquel día aún más bonito alrededor de palacio. Paloma, caminando sin prisa, con la mirada perdida en el paisaje se detuvo a recoger su larga melena a la altura de la nuca. En ese justo momento su madre la vio a lo lejos y levantó la mano a modo de señal para que la esperara.

—Hola cariño, por fin te encuentro, te he estado buscando —le dijo con la respiración acelerada de quien llega tarde.

—Gracias por las tortitas mamá —le dijo cogiéndole la mano con cariño. Su madre le sonrió y miró a Paloma con esa mirada cómplice que solo ellas entendían.

—Sé lo que te ocurre cariño y no tienes de qué preocuparte. Vamos a pasar un verano maravilloso. Nada va a cambiar entre nosotros porque vengan invitados —afirmó Feliciano intentando convencer a su hija.

—Mamá, estoy bien, lo único que me preocupa es que salga todo perfecto —mintió en un intento de ocultar sus verdaderos sentimientos—. Me voy a leer un rato, te veo luego —y se despidió rápidamente de su madre besándola en la mejilla.

Feliciano se quedó mirando a su hija fijamente mientras se alejaba y continuaba su camino hacia el río. Ya allí, recostada a la orilla del Tajo, sumergida en la lectura de Hemingway, comenzó a escuchar revuelo, llamando su atención las campanadas que anunciaban la llegada de los huéspedes que se quedarían allí durante el verano. «Ya están aquí», pensó ella en voz alta. Sin pensárselo dos veces, cerró el libro y empezó a correr hacia la puerta principal

del Palacio Real de Aranjuez. Llegó jadeante por el calor y probablemente también por haber corrido durante un kilómetro al no querer perderse ese primer encuentro. Paloma se escondió detrás de un árbol robusto, para que nadie la descubriera, y los vio llegar a lo lejos.

Allí estaban, todos en sus puestos, formando un pasillo que daría paso a la que sería su casa durante el estío. Florentino abrió la puerta del automóvil y los recibió con la mejor de sus sonrisas. Saludando amablemente, un elegante señor fue el primero en bajar e inmediatamente ayudó ofreciendo su mano a la que, Paloma imaginaba, era su esposa. Tenía una belleza que deslumbraba a cualquiera que estuviera a su lado: era una mujer seria, delgada y muy alta, o ¿igual era el moño repeinado que la hacía más esbelta? Paloma sonreía, se sentía muy orgullosa del gran trabajo que su familia había hecho. Estaba a punto de marcharse, quería ir a su habitación a anotar algunas cosas en una de sus tantas libretas cuando llegó otro coche y paró justo al lado del otro vehículo.

La puerta se abrió desde dentro y bajó una chica que tendría diecisiete años aproximadamente —la edad de Paloma—. Su rojizo cabello hizo mover el viento cuando colocó su melena por detrás de los hombros con un suave movimiento de cabeza. El sol iluminaba sus ojos color esmeralda. Paloma no alcanzó a marcharse, se quedó mirándola sin poder evitarlo. Se apoyó en el tronco del árbol y cerró los ojos con fuerza en un deseo de que el calor hubiera hecho de aquella chica un espejismo de inspiración y no fuera real. Pero el sonrojo de sus mofletes, la respiración entrecortada, el sudor en sus manos y el deseo incontrolable de seguir mirando, la asustaron tanto, que delatada por ella

misma, echó a correr. Sin entender la reacción que estaba experimentando en su cuerpo, con el corazón en un puño y con el pánico acechando a sus espaldas, Paloma se escondió en el único lugar donde se sentía segura. Se marchó al Jardín de la Isla.

El constante sonido del agua al caer y la tranquilidad que se respiraba dentro del aparente laberinto que formaba aquel jardín, eran la calma que Paloma estaba buscando. Desde que era pequeña se escondía entre los matorrales y árboles que daban forma, a lo que ella consideraba su lugar favorito del mundo. Un lugar que realzaba la belleza de una fachada real marcada por los años. Paloma corría cambiando de camino una y otra vez, saltando arbustos y esquivando ramas. De repente se detuvo. De golpe. En seco. Miró al frente y empezó a caminar tranquila. Despacio. Segura. Se quedó paralizada ante la imagen de Venus en una de las fuentes, casi al final del jardín. La adolescente, que seguía hiperventilando, intentó contener el aliento y mantener la calma posando sus manos sobre las rodillas. Respirar. Se concentraba en respirar. Con la cabeza gacha, seguía confusa intentando comprender, cómo un solo segundo había sido suficiente para destapar adrenalina a través del bombardeo primerizo de su corazón. Cogiendo aire por la nariz, miró al frente de nuevo y ella, Venus, seguía ahí. Se vio reflejada en la personificación del amor a través de la mitología. Una dama hecha de piedra, con finura, mientras se escurría el cabello con un gesto cotidiano y cara triste, la miraba mientras se acercaba a ella. La Diosa, siempre con los pies mojados, le inspiraba, por primera vez, sinceridad en amor y belleza. En silencio se sentó a contemplar cómo a través de su pelo parecía

que caían los temores y las preocupaciones de todos los que por allí habían pasado, dejando que desaparecieran, arrastrados por el agua, los presagios para dar vida a sus deseos más recónditos. Venus, desnuda ante el Olimpo, hacía imaginar a Paloma, estar en el limbo de los besos prohibidos del amor hacia una mujer. Temblando, se soltó el cabello y comenzó a sonreír al sentir el cosquilleo del pelo por su espalda, por su cara, por sus hombros... Rindiéndose ante la imparable sensación de valentía. Se acercó a Venus y se quitó las esparteñas para meter los pies en el agua. Estaba helada, pero a Paloma no le importó y comenzó a humedecer primero sus piernas, luego sus rodillas y muslos, para luego desfundarse el vestido y poder mojar su ombligo, su pecho y sus brazos. Descubriéndose. Abriéndose al atrevimiento de ser mujer. La mujer que ella quería ser. Imitando a la afrodisiaca escultura que manaba agua de río repleta de significado. Paloma casi sin pensárselo, metió la cabeza debajo del chorro que caía por la fuente, mojando así su largo cabello. Exhausta, empapada, también de inseguridades, se sentó a orillas del amor que la Diosa le ofrecía sin poder frenar la sensación de miedo que resurgía de sus entrañas, como cuando la lava de un volcán en erupción sale y es incontrolable. A pesar de estar asustada, de no entender qué es lo que le estaba ocurriendo, Paloma Sazón reconocía que nunca antes se había sentido tan viva como en aquel momento, desnuda al unísono en cuerpo y alma. El desconocimiento de la locura sentida asusta, nos retracta de lo que en realidad somos y hace florecer la esencia de lo que, reprimido durante años, se convierte en inevitable.

Desde aquel día, Paloma comenzó a ser y Venus significó su confesión más sincera y las verdades entre lágrimas de miedo, se convirtieron en los secretos jamás contados. Paloma volvía cada día al anochecer y Venus se quedó para convertirse en sus noches perdidas y en sus madrugadas encontradas de aquel verano en 1956, cuando la mitología se hizo verdad empapando miedos y ahogando inseguridades para dar paso a la locura incomprensible de una adolescente que lo único que busca es encontrarse a sí misma.

A veces las experiencias pasadas no nos dejan disfrutar del presente en plenitud, hecho que nos impide crear el futuro que merecemos vivir. Esto es lo que le ha ocurrido a Miranda Monsalve, una joven diseñadora de interiores que marcada por el desamor y la falta de confianza en sí misma, se sumerge en su trabajo mudándose a Aranjuez por un importante proyecto. Es la responsable de ambientar la exposición de una emergente pintora austriaca, nada más y nada menos que, en El Palacio Real de Aranjuez.

Durante una de sus rutinarias visitas para inspirarse, paseando por El Jardín de la Isla, Miranda se topa de frente con la Fuente de Venus y cautivada por lo sugerente del lugar, se queda observándola con detenimiento. Venus comienza a desprender agua del cabello y Miranda hipnotizada, conecta con una mujer anclada en otro tiempo. A partir de ese momento, unos inexplicables acontecimientos desencadenan la inevitable búsqueda por encontrar la verdad ocurrida en 1956.

ISBN-13: 978-84-9744-359-3



9 788497 443593

